

AUTOCONOCIMIENTO E INDIVIDUALIDAD EN LA HISTORIA

José Del Grosso

¿De dónde venimos? ¿qué somos? ¿quién soy?, son preguntas que se viene haciendo el hombre occidental desde la Antigüedad. Ante las puertas del oráculo de Delfos estaba inscrito en piedra «Conócete a ti mismo». Sócrates, además de convertirlo en uno de los pilares de su filosofía, lo practicó y desarrolló la mayéutica como método apropiado para que los hombres pudieran alcanzarlo.

«Conócete a ti mismo», significa el imperativo de ampliar la consciencia, ya que de otra manera vivimos la ilusión de

saber, lo que favorece los condicionamientos y hábitos, es decir, el que el hombre reaccione ante el mundo como autómatas, el que sea más espectador que protagonista de su vida. A través del «Conócete a ti mismo», Sócrates vislumbró la autonomía humana, sin querer decir con ello que abjurara del colectivo o incitara a la contracultura.

El conocimiento de Sí Mismo implica para Sócrates una sabiduría que permite actuar desde la consciencia sin dejarnos llevar por la impulsividad, los estados corporales o los apegos materiales, lo que no quiere decir que rechazara el cuerpo y la vida material por sí mismos, pues para él forman parte de la vida.

Sin embargo, no obstante el profundo sentido que Sócrates imprimió a este imperativo, después de él empezó a ser entendido como la búsqueda de la verdad material en el interior del hombre, tal como habría de hacerlo Descartes siglos después, de manera que para conocer la naturaleza sus intérpretes transpusieron la mirada del hombre desde el plano sensible al plano inteligible.

Junto al interés por el conocimiento del Sí Mismo, los griegos y los romanos también se interesaron por las diferencias individuales. De ellos heredamos las primeras tipologías psicológicas, en las cuales se aprecia el vínculo que establecían entre la salud del alma y del cuerpo; interés que se apaga con el advenimiento del cristianismo, el cual centra su atención en la supervivencia de la personalidad después de la vida y el conocimiento de Dios, menospreciando la vida terrena.

Sin embargo, el interés por el conocimiento del Sí Mismo se mantuvo vivo a través de los gnósticos. Las gnóstico y gnosticismo adquirieron a través de los siglos connotaciones sumamente negativas que perduran hasta nuestros días. De hecho, ha sido uno de los movimientos espirituales más per-

seguidos a lo largo de toda la historia de la humanidad, en particular por la Iglesia Católica y el Judaísmo.

¿Qué quiere decir gnosticismo? ¿Por qué la persecución tan acérrima de este movimiento? La palabra gnóstico proviene del griego *gnostikós*, que significa conocedor, «aquel que tiene el conocimiento» (Hoeller, 1990, p. 44). No se trata simplemente de poseer un conocimiento filosófico o científico, es decir, no se refiere al conocimiento racional, intelectual, sino al conocimiento del corazón, a ese conocimiento que surge de forma misteriosa e intuitiva y nos provee de luz, de una certeza que es inexpressable con palabras.

Los primeros gnósticos, quienes vivieron en los primeros tres siglos de nuestra era, seguramente no se hubieran designado así. De haberles preguntado, lo más probable es que hubiesen respondido que eran cristianos, judíos o que pertenecían a alguno de los antiguos cultos de Babilonia, Egipto, Grecia o Roma, pues no eran sectarios ni se consideraban miembros de alguna religión particular. Su actitud era abierta y, lo más importante, estaban convencidos de que «los seres humanos pueden acceder a un conocimiento directo, personal y absoluto de las verdades auténticas de la existencia y que el logro de tal conocimiento siempre debe constituir la meta suprema de la vida humana» (Hoeller, 1990, p. 44).

Lo anterior quiere decir que la Verdad, el Conocimiento, la Sabiduría, no se adquiere mediante tratos con Dios o con algún Santo o Ángel que haga las veces de intermediario. De nada sirve seguir reglas de conducta; memorizar textos, no importa su índole; hacer sacrificios o tener una fe ciega; pues se trata en esencia de un proceso psicológico, de una experiencia individual que debe ser asumida por cada quien.

Los gnósticos no negaron el valor de los Diez Mandamientos o de la Torah, por el contrario, consideraban que la Ley era

importante, sobre todo por cierto tipo de personalidad, que requiere de ella para el fortalecimiento de su Yo interior o Sí Mismo.

Para los gnósticos la mente está gobernada por lo que nosotros llamamos el inconsciente. No creían en las valoraciones del mundo; bueno-malo, sagrado-profano, que son producto de nuestra mente y que durante siglos han contribuido al dualismo y a la escisión de nuestro ser.

Para los gnósticos el ser humano no puede cumplir sus designios mientras permanezca dentro de la rigidez y la uniformidad de las estructuras y sistemas sociales, pues ellas, en el mejor de los casos, no son sino una oscura proyección de una realidad más fundamental. De hecho, es imposible que alguien desarrolle la unidad de su consciencia y su individualidad siendo y haciendo lo que la sociedad supone que es mejor para todos. Reflexionemos un poco en la figura de grandes Iniciados como el Cristo, el Buda o San Juan de la Cruz. ¿Hubieran alcanzado la iluminación siguiendo los preceptos comunes de cualquier religión o secta?

Durante el Medievo y el Renacimiento, la sabiduría de los gnósticos y el empeño por el conocimiento del Sí mismo subsistió a través de movimientos secretos como el de los Templarios y los Cátaros, quienes fueron perseguidos y eliminados despiadadamente por la Iglesia Católica.

Aparte de los gnósticos, durante el Renacimiento se recobra el interés por el conocimiento de la naturaleza, del hombre y del Sí Mismo y con este último, del desarrollo de la individualidad. Hay una búsqueda individual de trascendencia fuera de los movimientos religiosos de masas. Vemos así, que éstos son tiempos de diversos movimientos místicos y esotéricos, que intentan desarrollar un método, un *ars* (arte), que sirviera al propósito de abrir las puertas a todos los misterios del Universo.

Entre ellos estaban el *ars* de Lulio, *ars memorativa*, la Magia, la Alquimia y la Astrología y es de ellos que nace la ciencia moderna.

Es notable la influencia que todas estas artes, llamadas también ciencias, ejercieron en las obras y desarrollos científicos de hombres como Galileo, Kepler, Roger y Francis Bacon, Descartes y Newton, por ejemplo, dedicó la mayor parte de su vida a la Alquimia, dejando un inmenso legado sobre el tema que apenas ha visto la luz (Dobbs, 1992).

Gracias a los magos renacentistas se comenzó a combinar la experimentación con la teoría. Recordemos que desde los griegos la manipulación de objetos era vista como algo aprobioso e indignos de hombres pensantes, de allí que los eruditos durante siglos se dedicaran sólo a la teoría. Con los magos, ya no sólo se teoriza, sino que se comienzan a manipular objetos (experimentar); observar y registrar los resultados. Además de esto, los magos buscaron un método seguro para conocer, predecir y controlar, y desarrollaron criterios de verdad para depurar y distinguir entre el verdadero conocimiento y las especulaciones.

Galileo no sólo reprodujo la actividad de los magos e introdujo variaciones, sino que además retomó la idea pitagórica de que el lenguaje de la naturaleza es el lenguaje de las matemáticas. Idea similar a la de Lulio, quien desarrolló un complejo lenguaje con el objeto de descubrir los secretos de la naturaleza.

La Astrología, no era simplemente, como se ha querido hacer ver, un conjunto de especulaciones, sino que hizo valiosos aportes tanto al conocimiento de la naturaleza, como lo es el cálculo de las órbitas y posiciones de los planetas, como al conocimiento del hombre, al desarrollar la primera psicología diferencial.

En cuanto a las semejanzas y diferencias entre el astrólogo y el científico moderno, podemos decir que ambos tienen en común el interés por conocer todos los secretos del universo y hacer predicciones, diferenciándose en su modo de proceder y en sus fines, pues mientras el astrólogo tiende a la visión de conjunto, fluye, predice y prevee en base a ella, ya que sostiene que Saber es precaver y que precaver es operar con sabiduría y eficacia; el científico, por su especialización, fragmenta la realidad. Desde uno o varios fragmentos deduce el todo, predice y quiere controlar y manipular la naturaleza.

En la doctrina de las predicciones y de las interrogantes, temas a los que los astrólogos dedicaron importantes tratados, hallamos notables aportes a la psicología, pues los mismos ofrecieron verdaderas clasificaciones de los caracteres e iniciaron una nueva vía hacia el análisis del inconsciente. Jung (1957), explica que la Astrología, mediante sus «singulares cualidades psicológicas del Zodíaco constituye toda una teoría proyectada de caracteres. La Astrología es una experiencia viva primordial, semejante a la de la Alquimia» (p. 269). Más aún, la astrología es un medio que contribuye al conocimiento interior, de allí que sus métodos estuvieran dirigidos a reencontrar el submundo inconsciente, que no es otra cosa que una vía hacia el reconocimiento del Sí mismo y el desarrollo de la individualidad.

Los filósofos naturales por su parte, además de interesarse por el conocimiento de la naturaleza y encontrar un método que abriera las puertas de los secretos del universo (método científico), se interrogaron muy seriamente sobre la manera como el hombre conoce, desarrollando así lo que podemos llamar una auténtica psicología cognoscitiva y que en el campo de la filosofía se convirtió en filosofía de la ciencia.

Hacia el siglo XVIII, ocurre en el mundo de la ciencia moderna un hecho insólito por su trascendencia a todos los ámbitos del hombre y las repercusiones sobre su modo de

percibirse y considerarse. Sin apartarse del temor a perder el cielo después de la vida, el hombre deja de ser el hijo de Dios para convertirse en hijo de la materia. Un objeto cuyo cuerpo sin alma es una máquina isla, es decir, una especie de átomo separado, autónomo e independiente de sus congéneres y la naturaleza, cuyos destinos antes compartidos, son desde entonces distintos e independientes.

Frente a los hechos la teoría resulta confusa, pues si bien ésta supone que todos los hombres son iguales y con los mismos derechos jurídicos, en la práctica individualmente cada hombre es valorado y según lo sea, merecedor de menores o mayores oportunidades, aceptado o rechazado. Más grave aún, la uniformidad social del pensamiento y comportamiento de los hombres son exaltados como ideales y se convierten en condición *sine qua non* para la seguridad y el orden social (Tilly, 1991). De allí que toda manifestación de individualidad comenzara a considerarse peligrosa y nacieran entre otras instituciones la policía y la psiquiatría como vigilantes y mantenedores de la seguridad y el orden social.

Debido a esa uniformidad, el lenguaje cotidiano comienza a inocular otra clase de consciencia. Mediante éste, la fragmentación de la consciencia se intensifica más aún. Surgen términos como personalidad (máscara) y sus diferentes clases, que no son otra cosa que rótulos inmodificables. se es en cuanto a personalidad jurídica y ésta sólo la poseen ciertos varones, pues las mujeres y los niños son exceptuados. Ser es Tener. Ser es la imagen que los demás tienen del individuo y que él tiene de sí mismo. No se habla de *yo siento*, sino de *yo tengo*: «Yo soy lo que tengo y consumo» (Fromm, 1985, p. 43).

Por fortuna, mientras esta ideología obscurecía las mentes de muchos hombres, siguió encendida una pequeña llama de luz entre los movimientos esotéricos. A ellos pertenecieron eruditos y destacados hombres de ciencias, quienes mantuvie-

ron sus creencias en secreto, como aún lo siguen haciendo muchos otros, por el temor a ser ignorados y/o por el deseo de ser escuchados.

En la búsqueda del Sí mismo o del «Conocerse a sí mismo», florece la idea del inconsciente. De él hablaron entre otros Nietzsche, Charcot, Janet, Breuer, Groddeck y Freud, llevándose los méritos Freud al reducir al hombre a impulsos biológicos, emplear términos de la física y seguir las reglas del juego de la comunidad científica.

Al seguir dichas reglas, Freud convirtió el Sí mismo en Yo, un yo que refleja la uniformidad y la adaptación de la sociedad, negando la individualidad, en tanto que lo inconsciente pasó a ser algo deleznable, confuso, terrorífico, a controlar. Al mismo tiempo que Freud inicia sus estudios, nos hallamos ante una era de tipologías de todas clases y del nacimiento oficial de la psicología diferencial, que no es tal, sino que borra la individualidad mediante generalizaciones estadísticas, que parten con frecuencia de valores y juicios sobre los seres humanos. V.g. las medidas de inteligencia y la evaluación de la personalidad.

Pero todo esto comienza a cambiar, por una parte, debido a la intensa búsqueda espiritual que inician las personas fuera de las religiones de masas, por otra, debido a las investigaciones de la física cuántica, la teoría general de sistemas, la teoría del caos y de las estructuras disipativas, pues reafirman la diversidad dentro de la totalidad, la indivisibilidad del universo, la individualidad y la complejidad; y, por otra, debido a notables personajes en el ámbito de la psicología, la filosofía y la literatura, como lo han sido Jung, Laing, Huxley, Watts, Maslow, Tart y Wilber.

Durante las últimas décadas, en el campo de la psicología se han venido revalorizando el Sí Mismo y la experiencia. Se destaca la importancia de la individualidad y lo alienante de la

uniformidad y el conformismo social. Se habla de un despertar de la consciencia en contraposición al hombre máquina. Se aboga por la unidad de la consciencia. Se destaca la unidad que conforma el hombre con el universo. Se rompe con la dualidad mente cuerpo y se reabren las discusiones en torno a la mente, la consciencia y el alma.

Aún como seres humanos nos queda mucho por aprender, principalmente acerca de nosotros mismos y sobre nuestra auténtica individualidad, y quizás este momento en que la humanidad vive una fuerte crisis en todos los niveles sea nuestra gran oportunidad para hacerlo, no para volver en forma unilateral nuestra mirada hacia adentro, olvidando nuestro afuera; sino para aprender a vivir como una unidad con el Todo, sin límites intelectuales y ególatras.

BIBLIOGRAFIA

Dobbs, B. (1992). *The foundations of Newton's Alchemy*. Illinois: Cambridge University Press.

Fromm, E. (1985) *¿Tener o ser?* México: F.C.E.

Garin, E. (1954). *Medioevo e Rinascimento: studi e ricerche*. Bari: Gius. Laterza & Figli.

Jung, C. (1957). *Psicología y alquimia*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editor.

Hoeller, (1990). *Jung el gnóstico*.

Tilly, Ch. (1991). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza.